

# Las fragmentadas memorias públicas de la Gran Guerra Patria en Ucrania (1991-2022)

Xosé M. Núñez Seixas<sup>1</sup>

Recibido: 25-10-2022 // Aprobado: 24-03-2023

**Resumen.** Desde la segunda década del siglo XXI, las disputas sobre la memoria de la II Guerra Mundial en Ucrania y Rusia se han radicalizado, pero las tensiones subyacentes venían de la década de 1990. En la Ucrania independiente desde 1991 las políticas de la memoria oscilaron entre dos polos. Por un lado, la “nacionalización” de los mitos soviéticos de la Gran Guerra Patria (1941-45), y su adaptación a parte de la narrativa nacionalista ucraniana, patente sobre todo cuando gobernaron partidos rusófonos o nacionalcomunistas, y por otro lado, cuando gobernaban partidos nacionalistas con arraigo en Ucrania occidental, el rechazo al pasado soviético y el énfasis en los precedentes de independencia del país, así como la actitud benévola hacia los nacionalistas y colaboracionistas ucranianos de 1941-45, de tendencia pronazi y antisemita. A eso se unía la visión del Holodomor de 1932-33 como un genocidio, y las dificultades para incorporar a las víctimas ucranianas de la *Shoah* en las políticas del recuerdo. Este artículo analiza la evolución de las disputas histórico-memorialísticas en Ucrania alrededor de la II Guerra Mundial, así como las posibles áreas de consenso entre las distintas sensibilidades hacia la memoria colectiva de la II Guerra Mundial en Ucrania.

**Palabras clave:** II Guerra Mundial; nacionalismo; Ucrania; Rusia; URSS; memoria colectiva; nazismo; antisemitismo; comunismo; genocidio; rusófonos.

## [en] The Fragmented Public Memories of the Great Patriotic War in Ukraine (1991-2022)

**Abstract:** From the second decade of the 21<sup>st</sup> century onwards, debates about the memory of the Second World War in Ukraine and Russia radicalised. However, the underpinning tensions dated back to the 1990s. In post-1991 independent Ukraine, memory politics oscillated between two poles. On the one hand, the nationalisation of the Soviet myths about the Great Patriotic War (1941-45), and their subsequent adaptation to Ukrainian national narrative. This became evident when russophone and national-communist parties ruled. On the other hand, ethnic views of the Ukrainian past took the lead when nationalist and ukrainophone parties governed. This included the restoration of the memory of Ukrainian “freedom fighters” of the 1940s, who were to a great extent characterised by pro-Fascist and anti-semitic views. An additional emphasis was put on the commemoration of the Ukrainian famine of 1932-3 and its interpretation as a genocide, while Jewish victims of the Holocaust on Ukrainian soil were barely remembered. This article addresses the evolution of the memory battles in Ukraine about the Second World War, and also highlights the emergence of some trends that may reconcile different sensitivities of the fragmented collective memories of the recent past in Ukraine.

**Keywords:** Second World War; nationalism; Ukraine; Russia; USSR; collective memory; nazism; antisemitism; communism; genocide; russophones.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Nacionalistas, comunistas y ocupantes (1941-45). 3. Imaginar Ucrania en la URSS y en el exilio (1945-90). 4. La Ucrania independiente (1991-2003): el péndulo de la memoria. 5. Radicalización y fragmentación de las memorias públicas (2004-2013). 6. Las narrativas nacionalistas y la sombra del vecino (2014-2019). 7. De la posible reconciliación a la guerra (2019-2022). 8. Bibliografía.

**Como citar:** Núñez Seixas, X. M. (2023). Las fragmentadas memorias públicas de la Gran Guerra Patria en Ucrania (1991-2022). *Polít. Soc. (Madri.)* 60(3), 84417. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.84417>

## 1. Introducción

El presidente de la Federación Rusa, Vladímir Putin, ha invocado como legitimación de la invasión de Ucrania desencadenada por su ejército el 24 de febrero de 2022 dos argumentos principales: la necesidad de “desnazificar” el Gobierno de Ucrania, y la “artificialidad” de la nación ucraniana. Según Putin,

<sup>1</sup> Universidade de Santiago de Compostela (España).  
ORCID: [0000-0002-6951-366X](https://orcid.org/0000-0002-6951-366X)  
E-mail: [xoseml.nunez@usc.gal](mailto:xoseml.nunez@usc.gal)

los nazis ucranianos ofenderían la memoria de los millones de ciudadanos soviéticos que sacrificaron su vida para liberar Europa del fascismo. Esas declaraciones se encuadran dentro de la revisión de la historia imperial rusa promovida por el presidente ruso, su interpretación de que Rusia y Ucrania son en el fondo variantes de una misma nación histórica,<sup>2</sup> así como su abierto uso geoestratégico en el presente del recuerdo de la II Guerra Mundial. Y tenían un claro antecedente en el discurso pronunciado el 9 de mayo de 2021 en la Plaza Roja de Moscú, con ocasión del desfile conmemorativo del Día de la Victoria. El triunfo de 1945 habría sido del pueblo soviético, tanto de los rusos como de todas las nacionalidades y religiones de la URSS, contra las “hordas nazis”, con el fin de defender la patria, el hogar y la familia. Y lo hizo solo, liberando a su vez a toda Europa de la “peste parda”. Putin añadía una advertencia a los que justificaban a quienes tenían las “manos manchadas de sangre” de miles de personas pacíficas, en clara alusión a los “revisionistas”, fuesen bálticos o ucranianos. Moscú siempre defendería sus intereses frente a cualesquiera amenazas externas, reales o percibidas como tales.<sup>3</sup>

Putin resucitaba así, en el marco de una política de la memoria aplicada de forma sistemática por el Estado ruso desde principios del siglo XXI, una narrativa sobre la Gran Guerra Patria de 1941-45, similar a la desarrollada durante la época de Leonid Brézhnev (1964-82), cuando la victoria de 1945 fue conmemorada en tonos grandiosos como la auténtica gesta forjadora de la identidad soviética. Fue una hazaña de todo el pueblo soviético (y/o ruso) en nombre de la defensa de la patria, que habría liberado además toda Europa de las garras del fascismo. Aunque no se justificase el régimen estalinista y no se aludiese al comunismo, los posibles errores y excesos de Stalin se relativizaban como peajes necesarios para resistir, contraatacar y vencer. En esa narrativa también se eluden de modo conveniente los episodios en los que la URSS fue un país agresor: las invasiones de Polonia en septiembre de 1939 y de Finlandia en noviembre de 1939, así como la anexión de los países bálticos en el verano de 1940.

No existe ciertamente un patrón europeo acerca de la memoria de la II Guerra Mundial, y de la contienda germano-soviética (1941-45) en particular. Impera una gran diversidad de narrativas nacionales, étnicas y estatales, con pocos puntos en común. Varios de sus iconos más representativos y de sus lugares del recuerdo, desde Stalingrado al cerco de Leningrado, son objeto de muy distintas interpretaciones y lenguajes conmemorativos, que perpetúan una memoria *agónica*, tan inacabada como disputada (Berger y Kansteiner, 2022). Frente a la rigidez conceptual que a menudo caracteriza la definición del concepto *lieux de mémoire* por parte de su forjador, el historiador Pierre Nora (1984: 15-21, 23-43), el conflicto germano-soviético en suelo ucraniano constituye un ejemplo de lugar de memoria potencialmente transnacional, caracterizado a su vez por la inestabilidad y variabilidad de los significados que le otorgan los distintos actores involucrados en su gestión. Para su análisis es más apropiado el concepto, más dinámico, de *espacio memorial*, definido por la interacción de objetos físicos y paisajes con actores sociales e instituciones mediante ritos y narrativas (Assmann, 1999; Connerton, 1989). En esos espacios cristaliza una narrativa pública acerca del pasado colectivo, difundida desde las instituciones.

Desde la segunda década del siglo XXI, sobre todo desde el Euromaidán de 2013-14 y la interferencia rusa en los conflictos secesionistas de Crimea y el Donbás, se han exacerbado las disputas acerca de la memoria de la II Guerra Mundial en Ucrania y Rusia. Pero las tendencias venían de décadas atrás. El presente artículo analiza la evolución de las políticas públicas de la memoria en la Ucrania independiente y las disputas acerca del recuerdo de la II Guerra Mundial, comprendiendo las narrativas, los símbolos y las actitudes hacia lugares de memoria, las prácticas conmemorativas promovidas desde el Estado y las instituciones públicas, y su relación con el pasado soviético reciente. Una cuestión candente en un país escindido entre un oeste mayoritariamente ucranófono y nacionalista, y un centro, este y sur predominantemente rusófono. Igualmente, se mostrará el débil e inconcluso surgimiento desde fines de la década de 2010 de algunas áreas de consenso entre las distintas sensibilidades sobre la memoria reciente de Ucrania, tanto alrededor de la memoria de la hambruna de 1932-33 como acerca de las víctimas judías, y la reivindicación de la participación ucraniana en bando soviético como una memoria justa y digna de ser reivindicada en clave nacional.<sup>4</sup> Todo ello en el ámbito de las políticas públicas de la memoria colectiva, o memoria “cultural” dictada por las instituciones, que tienden a fijar un canon y una sacralización, que se contraponen a menudo a la memoria “comunicativa” mantenida por la sociedad civil, pero también al discurso crítico de la historia profesional, que lejos de sacralizar siempre problematiza lo que el discurso de la memoria sacraliza (Assmann, 1992; Todorov, 2002).

<sup>2</sup> Cf. <https://www.prlib.ru/en/article-vladimir-putin-historical-unity-russians-and-ukrainians>.

<sup>3</sup> Cf. el discurso de Putin en [https://www.youtube.com/watch?v=bwF4-rE48\\_k](https://www.youtube.com/watch?v=bwF4-rE48_k). Para los diversos discursos presidenciales cada 9 de mayo en los años anteriores, que incidian en términos semejantes, cf. Bürger (2018: 213-31).

<sup>4</sup> Para una contextualización y mayores detalles bibliográficos acerca de la memoria de la Gran Guerra Patria en la Rusia de Putin, remitimos a nuestro reciente ensayo sobre la memoria europea de la guerra germano-soviética (Núñez Seixas, 2022: 133-230). Cf. igualmente Bürger (2018), Malinova (2022), y la recopilación de Miller y Efremov (2020).

## 2. Nacionalistas, comunistas, y ocupantes (1941-45)

La batalla por la resignificación de la memoria de la Gran Guerra Patria, nombre oficial de la contienda germano-soviética de 1941-45 acuñado por la propaganda estalinista y después consagrado en la posguerra, adquirió una particular intensidad en la Ucrania independiente desde 1991. Como en otras repúblicas poscomunistas, las visiones del pasado se entrecruzaban de modo polémico con la diversidad lingüística, cultural, identitaria y política del presente. Desde un principio, las disputas sobre la memoria fueron especialmente intensas en la parte occidental del país –las regiones de Galitzia, parte del Imperio austrohúngaro hasta 1918, y después en la Segunda República polaca hasta 1939, al igual que Volinia–, donde con más fuerza persistieron tanto el idioma ucraniano como el sentimiento nacionalista, frente a las más rusificadas regiones de Ucrania central, meridional y oriental.

Desde 1989-1990 tuvo lugar en amplios círculos de la sociedad ucraniana una abierta mitificación de los nacionalistas del período de entreguerras, cuya historia presentaba numerosas aristas. Muchos de ellos se habían exiliado en varios países de Europa central y occidental, así como en América, durante la década de 1930, y fueron atraídos a la órbita del fascismo en las filas de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (Orhanizatsiya Ukrayins'kykh Natsionalistiv, OUN) fundada en 1929, que adquirió un notable protagonismo dentro del fragmentado movimiento por la independencia de Ucrania (Bruder, 2007). Liderados por el joven y carismático Stepán Bandera, quien tras escapar de una cárcel polaca y pasar por varios países se refugió en territorio bajo control alemán en 1939, al iniciarse la Operación Barbarroja dos batallones de nacionalistas ucranianos entraron en su país junto a los nazis. Como en otras regiones, varias matanzas de judíos, instigadas en parte por nacionalistas ucranianos, jalonaron las primeras semanas de la guerra en Ucrania occidental.

El 30 de junio de 1941 el dirigente de la OUN Yaroslav Stetsko proclamó de forma unilateral la independencia de Ucrania, en un acto tan simbólico como fútil. Se inspiraba en los Estados títeres de Croacia y Eslovaquia, tutelados por el Tercer Reich; pero la declaración incluía además un juramento de lealtad a Hitler. No obstante, la Alemania nazi no tenía previsto conceder a los líderes de la OUN un espacio propio. Los ocupantes situaron las milicias ucranianas bajo el control de las SS y detuvieron a Bandera, que no había entrado en Ucrania, así como a Stetsko y varios de sus seguidores; acto seguido, los internaron en un pabellón especial del campo de concentración de Sachsenhausen, donde permanecieron hasta 1944 (Rossolinski-Liebe, 2014). En general, los ucranianos como colectivo no fueron mejor tratados por los ocupantes alemanes, rumanos o húngaros que los rusos, los bielorrusos o los polacos. Más de dos millones de civiles ucranianos fueron deportados a Alemania como trabajadores forzados, las represalias contra la población civil fueron habituales y amplias regiones del país sufrieron un sistemático saqueo a manos alemanas (Spohr, 2021; Bellezza, 2010).

Los partidarios de Bandera –agrupados en la OUN-b– siguieron diversos caminos, todos ellos marcados por la violencia. Muchos colaboraron de forma proactiva con los ocupantes alemanes en el exterminio de los judíos, o bien los persiguieron por su cuenta. La OUN aspiraba a una limpieza étnica de las minorías residentes en el territorio ucraniano, bajo la premisa de *Ucrania para los ucranianos*. Eso incluía a polacos, hebreos, “moscovitas” (rusos, identificados con comunistas) y otros colectivos. Los milicianos nacionalistas combatieron también contra los partisanos soviéticos, así como contra los resistentes polacos en Volinia y Galitzia, y desde fines de 1943 empuñaron las armas por un tiempo contra los ocupantes alemanes. Aunque el tercer congreso de la OUN-b adoptó una postura más ambigua frente a las minorías étnicas no ucranianas, las matanzas continuaron. Los fieles a Bandera tomaron el liderazgo a su vez de la rama paramilitar del movimiento nacionalista, el Ejército Insurgente Ucraniano (Ukrayínska povstánska armiya, UPA) fundado en octubre de 1942, nutrido por voluntarios y conscriptos. Entre la primavera y el verano de 1943, tanto la OUN como la UPA llevaron a cabo una brutal ola de matanzas, ante la pasividad de los ocupantes germanos, contra la población polaca en la región de Volinia, que se cobraron las vidas de al menos 50.000 víctimas civiles, en su mayoría familias campesinas; como represalia, los resistentes polacos asesinaron a varios miles de ucranianos. Al año siguiente la UPA también promovió varias masacres contra civiles polacos en Galitzia oriental (Himka, 2021a: 356-439).

Son diversas (e imprecisas) las estimaciones que cifran en varios cientos de miles los combatientes no germanos que lucharon en Ucrania en la Wehrmacht y otras unidades; con todo, más de cuatro millones tomaron las armas en el Ejército Rojo o en unidades partisanas prosoviéticas (Spohr, 2021). Algunos grupos de la UPA prosiguieron su resistencia guerrillera contra el Ejército Rojo y el NKVD hasta principios de la década de 1950 (Faraldo, 2022). Como muchos de sus seguidores, Stepán Bandera halló refugio en Alemania occidental, donde mantuvo viva la agitación nacionalista hasta su asesinato en Múnich por los servicios secretos soviéticos en octubre de 1959. Su tumba en el *Waldfriedhof* se convirtió en un centro de peregrinación para la diáspora ucraniana.

## 3. Imaginar Ucrania en la URSS y en el exilio (1945-90)

Después de la reconquista soviética de Ucrania occidental, se desencadenó una indiscriminada represión contra los nacionalistas ucranianos y sus familias. Decenas de miles de habitantes de las regiones occidentales fueron pasados por las armas o deportados. De modo paralelo, el Estado soviético erigió monumentos a los soldados del Ejército Rojo, a la victoria de 1945 y a hechos de armas concretos; pero también consagró la memoria de

algunas víctimas de la OUN y la UPA. Dos ciudades, Kuznetsov y Vatutin, fueron bautizadas con el nombre de prominentes “mártires” asesinados por nacionalistas ucranianos. Stalin accedió además a conceder cierto espacio a los “héroes” ucranianos de la Gran Guerra Patria en la política conmemorativa de Kiev y otras localidades, con el fin de recrear la imagen de una Ucrania identificada con el esfuerzo de guerra soviético, práctica que fue continuada después por Nikita Jrushchov, nacido en Rusia pero criado cerca de Donetsk. Expresión de ello fue la intensidad con la que se conmemoró el Día de la Victoria en varias ciudades ucranianas entre 1948 y 1965, mientras que en los principales centros urbanos de la URSS la efeméride había pasado a un segundo plano tras 1947. En Ucrania era aún necesario reforzar la identidad soviética a través del culto a la victoria de 1945 (Gabowitsch, 2022: 67-72).

Mientras tanto, la memoria de la OUN y de la UPA, idealizadas como grupos de patriotas malditos que lucharon contra nazis y soviéticos, se mantuvo con fuerza entre las comunidades ucranianas exiliadas de los Estados Unidos, Australia, Canadá y Europa occidental. En la diáspora convivían los antiguos emigrantes económicos desde décadas atrás con los exiliados antisoviéticos de la década de 1920, y los nuevos refugiados, entre ellos muchos excombatientes nacionalistas. Empero, en la narrativa promovida por los expatriados de 1945 se negaba el antisemitismo confeso de la OUN y la UPA, e incluso se recurría a la falsificación de documentos y testimonios. Stepán Bandera se tornó además tras 1959 en un símbolo de resistencia antisoviética, que incluso era presentado como una víctima del nazismo por mor de su internamiento en un campo de concentración, lo que le otorgaría un pedigrí antifascista paralelo a su anticomunismo (Rudling, 2011).

La actividad publicística –tanto memorialística como histórica– de los exiliados nacionalistas, algunos de los cuales, como Stetskó, cooperaron con los servicios de información y propaganda occidentales, fue crucial para mantener esa narrativa complaciente hacia la OUN y la UPA. También contribuyeron a ello las obras de diversos escritores de ficción, que divulgaron la visión de una nación ucraniana homogénea y víctima de dos ocupantes empeñados en exterminarla: alemanes y rusos. A partir de la década de 1970 los exiliados ucranianos, de modo paralelo a las iniciativas promovidas en las universidades de Harvard y Alberta con apoyo de algunos historiadores norteamericanos, otorgaron más relevancia a la defensa del carácter genocida de la hambruna de 1932-33, que se había saldado en Ucrania central y oriental con varios millones de víctimas, sobre todo campesinos. Para definir el genocidio por hambre, los medios académicos y publicísticos vinculados a las comunidades ucranianas de Norteamérica y Australia forjaron además un neologismo en la década de 1960, Holodomor, que procedía de las palabras ucranianas *holod*, hambre, y *mor*, plaga, peste. Después de tres décadas de debate sobre la pertinencia del uso de los términos *genocidio* o *hambruna del terror*, el neologismo se extendió a la propia Ucrania desde fines de los años ochenta, y buscaba ahora insertarse en las discusiones internacionales acerca del concepto de genocidio y el Holocausto, revitalizadas en el ámbito público norteamericano desde principios de la década de 1980. La muerte por hambre de millones de ucranianos –aunque también hubo devastadoras hambrunas en regiones rusas colindantes, así como en Kazajistán– fue interpretada como un exterminio deliberado de la nación ucraniana orquestado por Stalin, y equiparable a la *Shoah* de hebreos y el *Porraimos* de los romaníes. El Holodomor sería un genocidio étnico, cuyas víctimas principales siempre habían sido los campesinos ucranianos. A menudo, los propagandistas de la diáspora inflaron el número de víctimas de la hambruna más de seis millones, para equipararla a la *Shoah*.<sup>5</sup>

Ya desde principios de la década de 1980, varios de esos mitos hallaron eco en la propia Ucrania soviética, donde los activistas disidentes de orientación nacionalista estaban ávidos por conocer versiones del pasado reciente que contrarrestasen la canónica visión de la Gran Guerra Patria. Muchos de ellos asociaron de modo apriorístico la reivindicación de la memoria de la OUN y la UPA con valores liberales, como la libertad de pensamiento, la democracia y la pluralidad de la memoria histórica (Dietsch, 2006: 5-15; Rossolinski-Liebe, 2014: 360-366; 2020: 239-240; Soroka, 2012).

#### 4. La Ucrania independiente (1991-2003): el péndulo de la memoria

Cuando la URSS desapareció en diciembre de 1991, y varios expatriados nacionalistas retornaron del exilio europeo y norteamericano, Stepán Bandera pasó a convertirse en el símbolo por antonomasia de la restauración nacionalista y anticomunista, oscureciendo a otras figuras del movimiento ucraniano. Ya en 1990, cuando numerosos candidatos nacional-demócratas llegaron al poder en los municipios del oeste de Ucrania, tuvo lugar una primera tanda de inauguración de monumentos a la UPA y Bandera, cambios de nombre de calles y peticiones de reconocimiento para los veteranos supervivientes de los grupos armados nacionalistas de los años cuarenta, que ahora reivindicaron su pasado y su derecho a pensión en público. El fenómeno se limitó sobre todo a la región de Galitzia: entre 1990 y 2014 se inauguraron 46 estatuas y catorce placas conmemorativas, un número que era aún magro en relación con la supervivencia de símbolos soviéticos en toda Ucrania (Liebich y Myshlovska, 2014; Bellezza, 2015; Kasianov, 2022: 254-256). En la localidad natal de Bandera, Staryi

<sup>5</sup> Para la discusión académica, cf. Makuch y Sysyn (2016). Una reconstrucción de la reivindicación de la hambruna como genocidio desde 1945, tanto entre la diáspora ucraniana como en los medios académicos, en Edele (2020: 235-269). Vid. también la detallada historia del *holodomor* en Snyder (2017) y Applebaum (2019).

Uhryniv, se levantó un primer monumento en 1990, que fue demolido por sus detractores dos veces, hasta que se inauguró el actual, junto a la apologética casa-museo del líder nacionalista, en agosto de 1992.<sup>6</sup> Hoy en día existen en Ucrania occidental al menos cuatro museos sobre la figura de Bandera, que comparten en general un similar tono acrítico, cuando no abiertamente apologético (Rossolinski-Liebe, 2014: 469-513; Rudling, 2011: 15-20; Marples, 2006; 2007).

Las asociaciones de veteranos ucranianos del Ejército Rojo denunciaron con vehemencia la *banderización* simbólica del país, equivalente a una fascistización. No obstante, la idealización del malogrado líder de la OUN no solo se consolidó en Ucrania occidental, sino que también se extendió a otras regiones de Ucrania tras la independencia.<sup>7</sup> La rehabilitación simbólica de Bandera, del también dirigente de la OUN y comandante de la UPA Roman Shujévych y sus seguidores, así como su exculpación y la negación de cualquier concomitancia con los partidos fascistas de su tiempo, tuvo un reflejo inmediato en su inclusión en los libros de texto escolares. Empero, ya entonces se registraron también algunas iniciativas para presentar también a los combatientes ucranianos del Ejército Rojo como adalides implícitos de la soberanía del país, y de su salvaguardia frente a los intentos de asimilación por Rusia y la URSS en general. En varias localidades ucranianas, los museos de historia local presentan en un plano de igualdad a militantes de la OUN y partisanos o combatientes soviéticos, haciendo convivir ambas memorias (Colin Lebedev, 2022: 42-43).

En los primeros años de andadura de la Ucrania postsoviética, bajo la presidencia del antiguo comunista Leonid Kravchuk, la rehabilitación de los partidarios de Bandera se convirtió en un tema controvertido. El Parlamento *—Rada—* de Kiev instituyó una comisión para dilucidar los hechos de armas de la UPA y la OUN durante la guerra, cuyas conclusiones se demoraron por varios años. Mientras tanto, los Gobiernos municipales de Ucrania occidental siguieron su propio criterio, tributaron homenajes públicos e incluso concedieron pensiones a los excombatientes nacionalistas de 1941-1950. Como gesto simbólico se negaban ahora a celebrar el 9 de mayo como Día de la Victoria, y lo convertían en una fecha de luto nacional. Eran muchos los ciudadanos ucranianos, así como varios los municipios de las regiones occidentales, que festejaban de modo alternativo el 14 de octubre como efeméride patriótica, en conmemoración de la fundación de la UPA en 1942. La bandera rojinegra utilizada tanto por la OUN y la UPA —que simbolizaba la tierra y la sangre, reminiscencias del *Blut und Boden* germánico— se abrió paso además en numerosas manifestaciones y actos en el espacio público, acompañando a menudo la enseña con los colores ucranianos.

La tendencia que fue predominante durante la primera mitad de los años noventa, que celebraba en líneas generales una imaginada Ucrania monoétnica y nacionalista, experimentó una notable moderación durante el período de gobierno del presidente Leonid Kuchma (1994-2004). El nuevo mandatario, también un antiguo comunista, abanderaba un neoliberalismo moderado, pragmático y bilingüe, partidario de mantener una política de buena vecindad con Rusia. Durante su mandato se otorgó una clara prioridad al cultivo de la memoria de una Gran Guerra Patria debidamente nacionalizada. En esa narrativa se seguían algunos moldes argumentales ya forjados durante los años cincuenta y sesenta. Así, la República Socialista Soviética (RSS) de Ucrania entre 1945 y 1991, cuyo asiento independiente en la Asamblea General de las Naciones Unidas se aducía como una prueba de su soberanía real, era vista como un precedente directo de la posterior independencia nacional. En parte, porque la RSS de Ucrania habría unificado por primera vez a todos los ucranianos étnicos, antes dispersos entre Polonia, Checoslovaquia o Rumanía. También los 4,5 millones de combatientes ucranianos del Ejército Rojo y los varios miles de partisanos habrían luchado por la libertad y soberanía de Ucrania. Esa versión mantenía muchos moldes visuales de la propaganda soviética; sin embargo, destacaba el notable papel de Ucrania en la contienda de 1941-1945, así como el alto tributo pagado en vidas civiles y los sacrificios de sus habitantes en la lucha común contra el fascismo.

Los equilibrios de Kuchma revelaban un calculado oportunismo político. En la celebración del 9 de mayo de 1995 el presidente ucraniano recordó la pasada solidaridad de los pueblos soviéticos como fundamento de la victoria contra el nazismo, pero también destacó el protagonismo de Stalin, del Ejército Rojo y del Partido Comunista. Tres años más tarde, sin embargo, Kuchma no vaciló en instituir el 26 de noviembre como Día del Recuerdo del Holodomor, y en señalar ahora a Stalin como un abyecto genocida, asumiendo las tesis nacionalistas acerca de la hambruna. En el año 2000, el 55 aniversario de la victoria fue declarado fiesta nacional, y también se instituyó un Día del Partisano. Tres años después, el Gobierno de Kiev concedía el título de héroe de Ucrania a Avgustyn Voloshyn, presidente de la efímera República de la Rutenia subcarpática entre el 15 y el 18 de marzo de 1939, hasta que fue anexionada por Hungría. Voloshyn, sin embargo, era asimismo una víctima del estalinismo, pues acabó sus días en una cárcel moscovita en 1945, acusado de traición.

En el empeño por nacionalizar la Gran Guerra Patria, el Gobierno de Kiev rescató del olvido a algunos personajes secundarios, pero que adquirieron una particular relevancia simbólica. Fue el caso del joven soldado ucraniano que supuestamente izó la bandera roja sobre el Reichstag en mayo de 1945, Oleksii Kovaliov, quien después no fue debidamente reconocido por la narrativa oficial soviética. Por el contrario, el Kremlin mantuvo que los soldados que ondearon el pabellón soviético, inmortalizados por el fotógrafo Yevgueni Jaldéi, eran un

<sup>6</sup> Cf. el portal en red del museo en: <https://bandera.if.ua/>.

<sup>7</sup> Acerca del debate sobre el fascismo y el antisemitismo de la OUN y Bandera, cf. Himka (2021b).

daguestano y un bielorruso. La contumacia en relegar el nombre de Kovaliov tendría que ver con la paranoia de Stalin contra Ucrania, según el Gobierno de Kiev (Hrynevic, 2005).

Kuchma subrayaba así que la Gran Guerra Patria no era solo rusa o soviética, sino que también había sido una empresa colectiva del pueblo ucraniano, que no por acaso había pagado el mayor precio relativo en víctimas civiles dentro del conjunto de la URSS. Por tanto, legítimo era reivindicar el protagonismo ucraniano en la victoria contra Hitler. Le respaldaban una parte de las asociaciones de veteranos de guerra, que mantenían una visión positiva del legado de la URSS, pero que habían declarado su fidelidad a la Ucrania independiente. La contienda pasaba ahora a ser denominada Segunda Guerra Mundial o conflicto germano-soviético, y tenía inicio oficial el 17 de septiembre de 1939, cuando la URSS invadió territorios ucranianos bajo soberanía polaca. El relato dominante sostenía que la lucha común y la sangre derramada habrían unido los destinos de los soldados de la UPA y la OUN, los partisanos prosoviéticos y los combatientes ucranianos enrolados en el Ejército Rojo.

Así se intentaría destacar de modo inclusivo en el Museo Nacional de la Historia de Ucrania en la Segunda Guerra Mundial, ubicado en Kiev. Se trataba de la nueva denominación del Museo de la Gran Guerra Patria, que había sido inaugurado en 1981, en tiempos de Brézhnev, dentro el complejo memorial soviético presidido por la gigantesca estatua de la Madre Patria, y el monumento al cruce del río Dniéper por el Ejército Rojo. Con la vista puesta en el período 1941-45, la narrativa de la exposición permanente del museo exploraba ahora otras épocas conflictivas de la historia reciente de Ucrania, desde la Primera Guerra Mundial y la guerra civil que siguió a la Revolución de Octubre, así como las complejas vicisitudes de las dos Repúblicas Ucranianas (de Kiev y Lviv) existentes entre 1918 y 1920, hasta los combates en el Donbás que se desencadenaron a partir de 2014, y las presentaba como fases sucesivas de un estado de confrontación permanente con poderosos adversarios. Una suerte de *via crucis* patriótico que marcaría el difícil camino del país hacia la plena soberanía.<sup>8</sup>

## 5. Radicalización y fragmentación de las memorias públicas (2004-2013)

Durante la etapa iniciada por la Revolución naranja (2004-05) que siguió a la presidencia de Kuchma, dominada de nuevo por un claro aliento nacionalista y prooccidental bajo los gobiernos del presidente Víktor Yúshchenko y la primera ministra Yulia Timoshenko, se retornó en buena medida a la narrativa de los primeros años de la independencia, que abjuraba del período soviético y no ocultaba su deseo de alejarse cultural y políticamente de Rusia, aun manteniendo buenas relaciones comerciales y la inevitable dependencia energética del vecino. Contaron para ello con el inestimable apoyo del Instituto de la Memoria Nacional, un organismo estatal promovido por Yúshchenko cuya misión, en la práctica, era elaborar y difundir en la enseñanza y la esfera pública las versiones oficiales del pasado de la nación. Ucrania habría sido víctima de un intento de genocidio étnico a manos de dos regímenes totalitarios foráneos que se disputaban los recursos agrícolas y mineros del territorio nacional.

Esa visión de la guerra y del estalinismo se combinaba con la progresiva rehabilitación simbólica de los veteranos de la UPA, la OUN y todos los “luchadores por la independencia”, incluyendo a los voluntarios que se sumaron a la División Galizien nº 1 de las Waffen SS, apadrinada por el gobernador alemán de Galitzia, Otto Wächter, e involucrada en varias matanzas de civiles. El fascismo sería un atributo ideológico característico únicamente de los nacionalismos *de Estado*, pero no de los irredentos; también se relativizaban o negaban las tendencias antisemitas de la OUN y la UPA. En 2005 el Gobierno de Kiev se planteó eliminar el desfile militar del 9 de mayo, y promover en su lugar la rehabilitación de los veteranos de la UPA. Al mismo tiempo, retomó la narrativa pública que presentaba a todos los combatientes ucranianos, soviéticos o nacionalistas, como adalides de la libertad de su nación contra los dos totalitarismos que la aprisionaban. Empero, las protestas de los comunistas y de los veteranos del Ejército Rojo hicieron desistir al Gobierno de su propósito (Rudling, 2012; Khromeychuk, 2012; Marples, 2007: 125-202; Ploky, 2014: 232-234).

Los mayores esfuerzos de la política estatal de la memoria se dirigieron entonces hacia el reconocimiento internacional del Holodomor de 1932-33 como un genocidio, denominación oficializada en la esfera pública ucraniana en 2006. Dos años después, con ocasión del 75 aniversario de la hambruna, se inauguró un memorial y un museo dedicado a las víctimas en Kiev. La hambruna se presentaba como una acción deliberada de la cúpula soviética, con el fin de aniquilar los fundamentos demográficos y etnoculturales de la identidad ucraniana.<sup>9</sup> El Gobierno de Kiev, con apoyo de las organizaciones de la diáspora ucraniana, promovió una resolución de la Organización de las Naciones Unidas en noviembre de 2007 que reconocía y conmemoraba a las víctimas de la hambruna. Empero, no consiguió que el texto incluyese el término genocidio, en parte por efecto de las presiones de la Federación Rusa, que consideraba el término ofensivo para las víctimas de 1932-33 en otras repúblicas de la URSS. El Kremlin bloqueó los intentos del Gobierno ucraniano ante las Naciones Unidas en los años siguientes. La declaración aprobada por el Parlamento Europeo en octubre de 2008 acerca

<sup>8</sup> Cf. [https://www.warmuseum.kiev.ua/index\\_eng.php](https://www.warmuseum.kiev.ua/index_eng.php).

<sup>9</sup> Cf. <https://holodomormuseum.org.ua>.

de la conmemoración del Holodomor eludía el término genocidio y recurría al término “hambruna artificial” (Kasianov, 2022: 360-367).

En los libros de texto para educación primaria y bachillerato se abrió paso una versión oficial que resaltaba con claridad los precedentes de la independencia de Ucrania, tanto en 1918 como en 1941, e incidía en el protagonismo patriótico de Bandera y Shujévych. En buena parte de los manuales escolares, así como en la narrativa de las conmemoraciones públicas, se reproducía una visión de Ucrania como un país monocultural, monolingüe y étnicamente homogéneo, que fue víctima de dos ocupaciones, germana y rusa, cuya finalidad era borrar la nación ucraniana de la faz de la tierra. En esa visión se ignoraban las percepciones diferenciadas de la población rusa y rusófona del centro y este del país, así como la presencia de judíos, polacos y otras nacionalidades minoritarias en suelo ucraniano. Pero la figura de Bandera era siempre el centro principal de las disputas, tanto en el ámbito de la cultura histórica como el de los símbolos patrióticos. Durante los años noventa, como vimos, varios municipios de Ucrania occidental habían erigido por su cuenta diversos monumentos en memoria del malogrado líder de la OUN, retratado casi siempre de pie y en pose reflexiva. Era un estilo frecuente en las estatuas de los patriarcas soviéticos y en particular de Lenin, cuyos moldes pétreos a veces se reaprovecharon (Marples, 2010; Rossolinski-Liebe, 2014: 459-531; Laruelle, 2021: 69, 81).

Hubo que esperar, sin embargo, hasta 2007 para que el consistorio de Leópolis inaugurase un conjunto memorial dedicado a Stepán Bandera, celebrado ahora como “monumento popular para un héroe del pueblo”. La estatua de Bandera se yergue ante cuatro austeras columnas que simbolizan las “cuatro fases” de la nación ucraniana: el Rus de Kiev, el período cosaco, la república ucraniana de 1918-20 y la simbólica proclamación de independencia del 30 de junio de 1941. Igualmente, en el céntrico museo de historia de la ciudad se exhibían uniformes y fotos de los voluntarios ucranianos de las Waffen SS, si bien desprovistos de símbolos nazis. Y la tumba en el cementerio de la Colina de la Gloria del guerrillero y agente soviético Nikolái Kuznetsov, ejecutado por la UPA en 1944 y mitificado en los años posteriores, fue objeto de varios ataques vandálicos. En octubre de 2021 el alcalde de Leópolis todavía se negaba a devolver los restos a sus familiares rusos, vistos como meros “ocupantes”.<sup>10</sup>

Las polémicas no cesaron ahí. En octubre de 2007, el Gobierno de Yúshchenko otorgó a Roman Shujévych el título honorífico de “héroe de Ucrania”. El reconocimiento fue motivo de nuevas controversias que iban más allá de las fronteras del país, pues Shujévych había sido objeto de acusaciones internacionales a causa de su violento antisemitismo. Su figura causaba asimismo un fuerte rechazo en la vecina Polonia, pues era considerado responsable, como jefe militar de la UPA, de las matanzas perpetradas en Volinia en 1943.<sup>11</sup> Dos años más tarde el Gobierno de Yúshchenko también conmemoró de forma oficial el centenario del nacimiento de Stepán Bandera con la emisión de un sello postal temático, en el que se retrataba a un Bandera visiblemente demacrado, cuyo rostro reflejaba las penurias del cautiverio nazi. Al año siguiente, poco antes de dejar el poder, Yúshchenko otorgó a Bandera el título póstumo de “héroe de Ucrania”, lo que desencadenó reacciones adversas en las regiones de Ucrania central y oriental. Su sucesor prorruso en la presidencia, Víktor Yankóvich, no osó sin embargo derogar el decreto, como sí le exigían muchos de sus partidarios.

Con ello, la figura de Stepán Bandera recuperaba su carácter de símbolo controvertido por antonomasia de la Ucrania postsoviética. En general, rusófonos y rusos étnicos abrigaban una opinión más negativa del líder de la OUN que los ucranianos étnicos; pero las diferencias geográficas y generacionales desempeñaban también un papel importante. En la parte occidental del país Bandera se convirtió en un símbolo venerado y enarbolado por casi todos, así como en un icono de la cultura juvenil alternativa, en un claro ejemplo de nacionalismo trivial; también devino en un estandarte de quienes demandaban una liberalización de las políticas de la memoria. Pero fue la extrema derecha la que monopolizó las iniciativas para difundir la figura del líder de la OUN. En el centro de Leópolis un exitoso café, el Kriyyivka, se hizo famoso por exhibir retratos y lemas de la UPA y sus dirigentes, en una ambientación que evocaba un refugio guerrillero de los años cuarenta. Igualmente, algunas bandas de rock le dedicaban sus canciones, y grupos de seguidores desplegaban en los campos de fútbol grandes pancartas con la imagen de Bandera, al tiempo que enarbolaban los colores rojinegros. Por el contrario, en las regiones del centro, sur y este del país la figura de Bandera causaba indiferencia o rechazo. Con todo, entre 2014 y 2019 los nombres de calles dedicadas a Bandera, así como placas y monumentos, se extendieron a varias localidades de Ucrania central, gracias en parte a la agitación de grupos de ultraderecha.<sup>12</sup>

La narrativa nacionalista del pasado reciente contribuyó así a polarizar la cartografía de las memorias colectivas, incidiendo en la heterogeneidad de un país plural desde el punto de vista etnolingüístico, social e identitario, pues a sus símbolos se oponían de modo frontal tanto el Partido Comunista como buena parte de la población rusófona y prorrusa, que se concentraba sobre todo en Ucrania central y oriental. En esas áreas

<sup>10</sup> Bechtel (2008); Rossolinski-Liebe (2020: 234-235); “Alcalde de una ciudad ucraniana se niega a transferir los restos de un héroe de la URSS a sus familiares rusos, pese a una decisión judicial”, *Russia Today*, 22 de octubre de 2021, en: <https://actualidad.rt.com/actualidad/408006-alcalde-ciudad-ucraniana-negarse-transferir-restos-heroe-urss>.

<sup>11</sup> La polémica acerca de Shujévych arrancaba, en realidad, diez años atrás: a mediados de la década de los noventa el alcalde de Odesa bautizó una calle con el nombre del líder militar de la UPA, al mismo tiempo que retiraba de la ciudad todas las estatuas de Lenin, lo que desencadenó un áspero debate público local y nacional.

<sup>12</sup> Para más detalles, cf. Marples (2006); Narvselius (2012), y Kasianov (2022: 254-256, 337-338, 367-369). Un ejemplo en el reportaje televisivo ruso *Moskaly pro Kryivku*, 2009 (cf. <https://www.youtube.com/watch?v=nxkyqvdGeSw>).

del país, los memoriales que fueron erigidos en recuerdo de Bandera, de la OUN y la UPA durante la década de los noventa fueron objeto frecuente de ataques vandálicos, o fueron retirados sin más por los consistorios municipales dominados por partidos rusófonos u opositores a Yushchenko, como el Partido de las Regiones (Partiia rehioniv). En su lugar, en algunas localidades se restauraba la remembranza institucionalizada, y más o menos nacionalizada, de la Gran Guerra Patria de 1941-45. En ocasiones se erigieron de nuevo en algunas ciudades monumentos a Stalin, a iniciativa de los comunistas. Así sucedió en 2010 en Zaporíyia, lo que dio lugar a sucesivos ataques vandálicos y reposiciones durante siete años.

Otras veces, los Gobiernos municipales y la sociedad civil simplemente otorgaban un mayor peso a las narrativas locales del conflicto de 1941-45, imbuidas a su vez de los ecos del culto memorial de la época soviética, como estrategia para resistirse a una renacionalización ucraniana de las conmemoraciones y de los lugares del recuerdo que hiciese tabula rasa de los mitos de resistencia contra el invasor alemán. Era el caso de ciudades como Sebastopol y Simferópol, en la península de Crimea.<sup>13</sup> También lo era de Járkiv, en el noreste de Ucrania, cuya población mayoritariamente rusófona se manifestó de forma casi unánime contra el Euromaidán de 2014, y ejecutó con dilación la retirada de símbolos soviéticos decretada al año siguiente. Escenario de cruentos combates entre soviéticos y alemanes entre 1941 y 1943, la memoria local de la contienda se mantuvo con gran fuerza durante las décadas siguientes, y pervivió aun después de la independencia de Ucrania. De hecho, de las más de cien placas, estatuas o cenotafios dedicados a la Gran Guerra Patria que existían en Járkiv en 1989, la mayoría sobrevivió con escasas adaptaciones al cambio de soberanía estatal. Un fenómeno similar se manifestó también en otras variedades locales del culto a la memoria de la guerra de 1941-45.<sup>14</sup>

## 6. Las narrativas nacionalistas y la sombra del vecino (2014-2019)

Tras la revuelta popular del Euromaidán entre noviembre de 2013 y febrero de 2014, dirigida contra el Gobierno prorruso de Víktor Yanukóvich y su Partido de las Regiones, la revisión de la historia de la Ucrania soviética adquirió tonalidades cada vez más radicales. Ahora fue impulsada por el nuevo gabinete nacionalista y prooccidental del presidente Petró Poroshenko. Un factor que contribuyó a esa radicalización fue sin duda desde marzo de 2014 el subsiguiente enfrentamiento con la Federación Rusa, que se anexionó la península de Crimea –justificándola como un acto de justicia histórica, pues ese territorio había sido adjudicado a la RSS de Ucrania en 1954 por una decisión del Comité Central del PCUS– y respaldó la rebelión armada de grupos prorrusos en la región del Donbás, que proclamaron dos repúblicas en abril de 2014 (Lugansk y Donetsk) federadas en *Novorossiya* (Nueva Rusia). El propio Vladímir Putin desarrolló en varias intervenciones la argumentación del carácter ruso de Crimea –de cuyos habitantes originarios, los tártaros deportados en masa por Stalin, ya nadie se acordaba–, junto con la tesis de que Ucrania no era en el fondo sino un conglomerado artificial de diversos territorios arrebatados a Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y la propia Rusia. Un error de los bolcheviques que convenía reparar (Kasianov, 2022: 381-385).

La extensión e intensificación de la narrativa nacionalista ucraniana se convirtió en un instrumento de afirmación patriótica, cuyo fin era reforzar el consenso interno ante el conflicto con las regiones prorrusas y sus apoyos moscovitas. Serviría también, según los críticos del gobierno de Poroshenko, como una cortina de humo para distraer la atención pública de los fracasos del Ejecutivo en materia económica y social. La presión local de partidos minoritarios de extrema derecha, como Svoboda, contribuyó además a que proliferasen los gestos desafiantes hacia Rusia y los prorrusos, desde el bautizo de avenidas y calles con el nombre de Stepán Bandera tanto en la capital, Kiev, como en otras ciudades de Ucrania central, hasta la exhibición pública en actos conmemorativos de la bandera rojinegra. La escalada de tensión diplomática con Rusia desde 2019 acentuó aún más esa división sobre el recuerdo de la contienda de 1941-45, instrumentalizada en una auténtica “guerra digital” de la memoria por diversos portales en red, foros y redes sociales alimentadas por el Kremlin.<sup>15</sup>

Un paso más en la polarización inducida por el conflicto en Crimea y el Donbás fue la aprobación en 2015 por el Gobierno de Kiev de un decreto para la completa desovietización simbólica de Ucrania, más conocido como Ley de Decomunización. Entre sus medidas estaba la supresión en el espacio público de todos los símbolos comunistas, que pasaron a ser equiparados a los nazis en nombre del rechazo al totalitarismo. También se contemplaba un sistemático cambio de nombres de escuelas y calles, así como de ciudades y pueblos, desde Dnipropetrovsk (hoy Dnipro) a Kirovograd (hoy Kropyvnytskyi) o Komsomolsk (hoy Horishni Plavni), que procedían del período soviético. Solo se dejaron al margen los monumentos a los caídos situados en cementerios, y la mayoría de los cenotafios, placas o estelas dedicadas al conflicto de 1941-45.

<sup>13</sup> Las celebraciones del Día de la Victoria en Sebastopol desde la segunda década del siglo XXI incluían desfiles conjuntos de tropas rusas y ucranianas. Empero, no podían ocultar la tensión subyacente entre la memoria local de la guerra, que hundía sus raíces en una narrativa de la “ciudad de la gloria” como guardiana portuaria de la integridad de Rusia desde la Guerra de Crimea de 1854-1856 y los intentos por introducir elementos de la narrativa nacionalista ucraniana. Cf. Qualls (2022: 192-194) y Plokyh (2014: 166-167, 189-92). Para el caso particular de Járkiv, cf. también Sukovata (2022) y Schlögel (2023: 224-226).

<sup>14</sup> Para una visión panorámica, cf. Jilge (2008), Portnov (2008) y Zhurzhenko (2016). Sobre las guerras de monumentos en Ucrania central y meridional alrededor de Stalin, cf. Kasianov (2022: 256-58).

<sup>15</sup> Cf. Kasianov (2022: 339-340). Para las nuevas “guerras de la memoria” digitales, cf. Rutten, Fedor y Zvereva (2013).

La aprobación y aplicación de la nueva ley generó múltiples protestas. En Ucrania central y meridional se celebraron algunos referéndums locales alternativos que certificaron la oposición popular a los cambios decretados. Sin embargo, tres años después el Gobierno de Kiev ya daba la tarea por prácticamente finiquitada. En poco más de un año se rebautizaron más de 51.000 calles, 32 ciudades y unas mil localidades; igualmente, se retiraron cientos de monumentos del período soviético, en particular las más de 2.500 estatuas de Lenin que todavía persistían en todo el territorio ucraniano.<sup>16</sup> En las demoliciones participaron a menudo ruidosos grupos de extrema derecha, convirtiéndolas en una suerte de aquelarres simbólicos entre vítores y banderas rojinegras. Paradójico fue que las efigies del líder bolchevique fuesen sustituidas por otras personalidades del pasado nacional que aprovechaban el cuerpo pétreo de la estatua, como el poeta decimonónico y *padre* del renacimiento literario ucraniano Tarás Shevchenko; también fueron sustituidas por el disputado Stepán Bandera... También ocuparon el lugar de Lenin un sinfín de fuentes, motivos abstractos o, como en Odesa, personajes frívolos, como el villano cinematográfico Darth Vader. Como en otros aspectos de la política de la memoria, las encuestas mostraban una clara asimetría entre Ucrania occidental, donde dos tercios de la población apoyaban los cambios de nombres y símbolos, y Ucrania central y oriental, donde el porcentaje de aprobación descendía a apenas un tercio. De hecho, la decomunización provocó las protestas por parte del Kremlin, pero también de buena parte de la población rusófona de Ucrania. Tuvo además como consecuencia la prohibición de los tres partidos comunistas del país, con el argumento de que exhibían símbolos soviéticos en su propaganda, lo que fue considerado un abuso antidemocrático (Kasianov, 2022: 250-54, 310-14).

La Ley de Decomunización llevaba la impronta de un polémico historiador nacionalista y abiertamente revisionista, Volodymyr Viatróvych. Tras dirigir por un tiempo en Leópolis el Instituto para el Estudio del Movimiento de Liberación, Viatróvych estuvo más tarde al frente del Instituto de la Memoria Nacional de Kiev. Desde hacía varios lustros había defendido en varios libros carentes de rigor científico que la UPA y la OUN distaban de cualquier antisemitismo (Viatróvych, 2006). El año anterior había propuesto también dos controvertidas leyes sobre la memoria histórica.<sup>17</sup> En el articulado de ambas leyes se reconocía a los antiguos militantes de la OUN y la UPA el rango honorífico de “luchadores por la independencia de Ucrania”, se declaraba ilegal toda crítica hacia ellos, y se prohibía la difusión y exhibición pública de símbolos soviéticos y nazis. Este último postulado sería recogido por la Ley de Decomunización. Sin embargo, el mismo Viatróvych declararía en 2015 que la ostentación por parte de los neofascistas ucranianos del símbolo de la División SS Galizien –un león amarillo en fondo azul, rodeado por tres coronas– no constituía motivo de delito, pues no incluía cruces gamadas u otros símbolos nazis.

El Gobierno de Poroshenko fue más allá, y también prohibió en mayo de 2017 la exhibición pública de la cinta con los colores de san Jorge (dorado y negro), un símbolo militar zarista revitalizado en Rusia desde 2005 como símbolo de la victoria contra el nazismo. En Ucrania los colores se interpretaban ahora como un icono del “fascismo ruso”, de los separatistas de Crimea y del Donbás, y del nacionalismo irredentista de Moscú. Como símbolo alternativo del recuerdo de las víctimas de la Segunda Guerra Mundial se instituyó en 2015, al estilo de las amapolas conmemorativas de los caídos de la contienda de 1914-18, un imperdible con los colores rojo y negro. La espiral de radicalización histórico-simbólica constituía así un espejo invertido de las tendencias predominantes en la contemporánea Rusia de Putin, pues el énfasis en la retirada de monumentos y cambios de nombres también evocaba, en su radicalidad, a las paralelas medidas desplegadas por el Estado soviético en los años veinte a la hora de resignificar el espacio público del país.<sup>18</sup>

Los debates con los Estados colindantes acerca de la guerra de 1941-45 no se reducían a Rusia, sino que también afectaron a las relaciones entre Ucrania y Polonia, aunque la opinión pública de ambos países compartía el rechazo al mismo adversario u *otro* nacional, Rusia. Así se reveló con ocasión del estreno de la película polaca *Wolyn* (*Volinia*, Wojciech Smarzowski, 2016). El filme recreaba con crudo realismo las matanzas perpetradas en 1943 en Volinia, y se sumaba a las disputas político-históricas entre Polonia y Ucrania que venían de lustros atrás. Desde el lado polaco se veían las masacres como un genocidio, y se demandaba que el Gobierno de Kiev se disculpase públicamente ante las víctimas. Aunque hubo varios gestos de reconciliación protagonizados por los presidentes de los dos países, y las buenas relaciones bilaterales en el plano económico y político no se vieron afectadas, el debate memorialístico arreció durante las dos primeras décadas del siglo XXI. Cada país enarbolaba las matanzas del contrario: UPA y OUN frente a la resistencia polaca, la Armia Krajowa (AK). El director de *Wolyn*, Smarzowski, intentó ser ecuánime en el guion del filme, y reflejaba en las escenas iniciales los sentimientos de agravio económico y cultural acumulados por los campesinos ucranianos bajo dominio polaco hasta 1939, además de retratar con realismo las represalias de las milicias polacas. Pese a

<sup>16</sup> Según los datos del portal <http://leninstatues.ru/>, en toda Ucrania persistían 2.593 estatuas de Lenin en 2015. No obstante, su número era probablemente mayor.

<sup>17</sup> Rudling (2011: 28-30). Sobre la vindicación del buen nombre de la OUN y la UPA por Viatróvych, y su particular cruzada para negar el antisemitismo de ambas organizaciones, cf. Rossolinski-Liebe (2012: 207-11).

<sup>18</sup> Kasianov (2022: 315-317). Cf. asimismo O. Goncharova y M. Rachkevych, “Ukraine embraces poppy as war remembrance symbol”, *Kyiv Post*, 8 de mayo de 2015 (disponible en: <https://www.kyivpost.com/article/content/kyiv-post-plus/ukraine-embraces-poppy-as-war-remembrance-symbol-388061.html>).

ello, no pudo evitar una reacción de fuerte rechazo en Ucrania: la *Rada* de Kiev condenó de forma casi unánime la película, y se prohibió su proyección en las salas de cine del país (Kasianov, 2022: 325-336).

La respuesta polaca no se hizo esperar, y siguió la línea que ya había sido trazada por varias instituciones desde años atrás. Se debatió de nuevo la utilización sin matices del término “genocidio” para designar las matanzas de la UPA y la OUN, que habrían costado la vida a miles de campesinos polacos, con base en una declaración del Senado polaco de junio de 2013 que definía los hechos de Volinia como una “limpieza étnica con signos de genocidio”. El partido de derecha radical en el Gobierno, Paz y Justicia, apoyado a su vez por grupos populistas como Kukiz’15, promovió en el Senado otra resolución en julio de 2016 que recomendaba el término “genocidio” para designar las masacres de Volinia. Igualmente, se instituyó el 11 de julio como Día del Recuerdo para conmemorarlas de modo oficial (Kasianov, 2022: 344-347).

A lo largo de los tres años siguientes las declaraciones de buena voluntad por parte de los gobiernos de Polonia y Ucrania, y las apelaciones a la necesidad de reconciliación histórica entre los vecinos, alternaron con acusaciones mutuas promovidas por facciones de derecha radical, así como la retirada a ambos lados de la frontera de placas y cenotafios dedicados a los caídos de la UPA y la AK, y las prohibiciones de exhumar víctimas polacas en la Galitzia ucraniana. En la primavera de 2018 el Gobierno de Varsovia solicitó al Instituto de la Memoria Nacional (IPN, creado en 1998) que investigase a fondo todas las masacres perpetradas por los nacionalistas ucranianos entre 1943 y 1945, equiparándolas a los crímenes nazis y soviéticos. Sin embargo, el hecho de que las disputas sobre la memoria enturbiasen la buena vecindad polaco-ucraniana en materia económica y política, así como el temor de que el debate beneficiase a Rusia, fueron factores que contribuyeron a calmar las aguas. En ello fue clave desde septiembre de 2019 la postura conciliadora del nuevo presidente ucraniano, Volodymir Zelenski, y la actitud más moderada mostrada por la nueva dirección del Instituto de Memoria Nacional de Kiev (Peters, 2018; Penter, 2021: 238-239).

## 7. Conclusión: de la posible reconciliación a la guerra (2019-22)

A pesar de la progresiva (mono)etnificación y simplificación de su visión del pasado reciente, desde 2015 las políticas de la memoria del Gobierno de Kiev también han otorgado un mayor espacio a otros personajes menos conflictivos que los líderes de la OUN y la UPA. Continuando una tendencia que arrancaba de los años anteriores, se amplió el elenco de personajes y efemérides dignos de ser conmemorados. Es el caso del líder anarquista y antibolchevique Néstor Makhno, o la revolución ucraniana de 1917-1920 y la fugaz independencia del país en ese período. También adquirieron ahora un mayor protagonismo en la memoria pública las víctimas judías del Holocausto, a las que se dedicaron días conmemorativos, así como decenas de monumentos en todo el país. Se sumaban así a los museos locales fundados con anterioridad en Járkiv (1997) y Odesa (2009), fruto de iniciativas impulsadas por la sociedad civil, donantes privados pertenecientes a la minoría hebrea, o el arbitrio de consistorios municipales.

La tendencia hacia un mayor carácter inclusivo de la conmemoración de las víctimas del estalinismo y de la II Guerra Mundial se hizo más evidente desde abril de 2019, cuando accedió a la presidencia del Gobierno con un amplio respaldo popular un actor rusófono de origen hebreo, Volodymir Zelenski, procedente del sureste industrial del país. De hecho, el nuevo mandatario, que había sido acusado durante la campaña por su oponente Poroshenko de ser una suerte de quintacolumnista del Kremlin, se había hecho famoso interpretando a un profesor de enseñanza media que se enfrenta con los mitos nacionales de la historia del país. Un buen ejemplo fueron los pasos dados por el Gobierno de Zelenski para la transformación del complejo memorial ubicado en el barranco de Babi Yar, situado en las afueras de Kiev y escenario en septiembre de 1941 del asesinato por parte de los ocupantes alemanes y colaboracionistas ucranianos de más de 33.000 personas, en su gran mayoría de confesión judía. Babi Yar debía convertirse en un lugar de remembranza público que pudiese ser compartido por varios grupos étnicos, y aunase diversas narrativas hasta entonces confrontadas.

La historia era compleja. Durante décadas había reinado en Babi Yar, como en toda la URSS, un incómodo silencio conmemorativo por parte del Estado. Tras varias discusiones, se resolvió incluso borrar las huellas físicas del lugar de la masacre con la fallida construcción de un dique y un estadio deportivo, y el objetivo de erigir diversas edificaciones en los terrenos del barranco. En 1966 una ceremonia en recuerdo de las víctimas auspiciada por disidentes nacionalistas y activistas judíos desafió el silencio. La presión internacional llevó a las autoridades a inaugurar en 1976 un colosal monumento que, empero, no mencionaba de forma explícita a los hebreos, sino a los “más de 100.000 ciudadanos de Kiev y prisioneros de guerra” fusilados por los “ocupantes germano-fascistas”. Ciertamente, en Babi Yar habían perecido no solo miles de hebreos, sino también cientos de romaníes, cautivos del Ejército Rojo, discapacitados psíquicos y miembros de la OUN. Estos últimos fueron objeto de especial atención por parte de las conmemoraciones oficiales de la Ucrania independiente. Ya en 1992 se inauguró en el lugar una gran cruz y una placa en recuerdo de los “621 miembros de la antinazi Organización de Nacionalistas Ucranianos”, asesinados por el hecho de propugnar “un Estado ucraniano independiente” (Davies y Makhotina, 2022: 113-117; Schlögel, 2023: 351-364).

Ciertamente, las calles dedicadas a Bandera o Shujévych se mantenían, y los nacionalistas antirrusos seguían conservando un peso notable en los debates públicos sobre la memoria histórica. Aun así, la remodelación del complejo memorial de Babi Yar poseía el potencial de convertirse en un lugar de memoria compartido, en cuyo seno se reconciliarían distintas sensibilidades. Además de la inclusión de placas y pequeños monumentos en recuerdo de las víctimas judías y no judías, desde 2019 se elaboraron diversos proyectos, con apoyo estatal, para edificar un gran centro internacional sobre la historia y el recuerdo del Holocausto: el Centro Memorial del Holocausto de Babi Yar, con el asesoramiento de expertos extranjeros y financiación en parte de millonarios rusos de origen hebreo. Empero, esos planes tropezaron con la oposición de una parte de los historiadores ucranianos, quienes contemplaban con recelo el patronazgo externo, veían el diseño museográfico en exceso vanguardista, y echaban de menos una mayor presencia de la narrativa *autóctona*. Algunos de ellos avanzaron un proyecto alternativo, que proponía crear dos museos complementarios, uno dedicado a las víctimas judías y la historia general del Holocausto, y otro consagrado al resto de las víctimas, centrado en la historia nacional (Penter, 2021: 234-235; Hrynevic, 2021; Bad'jor, 2021; Kasianov, 2022: 278-286). Paradójicamente, pocos días después del inicio de la invasión de Ucrania, un misil ruso destruyó parte de un recinto que aspiraba a ser símbolo de concordia.<sup>19</sup>

La guerra del presente sucedía así a las memorias agónicas de las guerras del pasado. Las disputas sobre Bandera o las estatuas de Lenin no fueron causa directa de la invasión, pero operaron como una suerte de música de acompañamiento que ayudaba a justificar y envolver intereses geoestratégicos y políticos actuales. Aquéllas constituyeron un coro de voces y evocaciones de gran eficacia a la hora de generar emociones, alineamientos partidarios y movilizaciones en nombre de valores revestidos de sacralidad, como la libertad y la patria. Ciertamente, las guerras de la memoria no conducen de modo inevitable a las confrontaciones armadas. Pero en muchas ocasiones les proveen de argumentos y símbolos que confieren densidad emocional a las pasiones nacionales. Como prueba el caso de la Ucrania independiente, las políticas públicas de la memoria son un instrumento predilecto de construcción nacional, pero también se pueden convertir en un agente de división y fragmentación interna cuando se entrecruzan agentes externos e internos, divisiones etnolingüísticas y nacionales, colaboracionistas y ocupantes. Las vicisitudes de la memoria postsoviética, tanto en Ucrania como en los países bálticos, son un buen ejemplo de las dificultades para imponer una narrativa binaria en sociedades con pasados complejos, donde coexisten memorias comunicativas muy diversas alimentadas por la sociedad civil, y los intereses geopolíticos de Estados vecinos que instrumentalizan el pasado y los sentimientos de agravio comparativo. Paradójicamente, la resistencia contra la invasión rusa desde febrero de 2022 ha contribuido mucho más que treinta años de políticas públicas a crear una mayor cohesión patriótica entre la ciudadanía ucraniana frente a un agresor externo, más allá de las diferencias etnolingüísticas, geográficas o generacionales (Colin-Lebedev, 2022). Pero esa será otra historia.

## 8. Bibliografía

- Applebaum, A. (2019): *Hambruna roja. La guerra de Stalin contra Ucrania*, Barcelona, Debate.
- Assmann, A. (1999): *Erinnerungsräume: Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*, Munich, Beck.
- Assmann, J. (1992): *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in den frühen Hochkulturen*, Munich, Beck.
- Bad'jor, D. (2021): "Streit um Babyn Jar. Gedenkzentrum oder Holocaust-Disneyland", *Osteuropa*, 71 (1-2), pp. 123-40.
- Bechtel, D. (2008): "Von Lemberg nach L'viv. Gedächtniskonflikte in einer Stadt an der Grenze", *Osteuropa*, 58 (6), pp. 211-227.
- Bellezza, S. A. (2010): *Il tridente e la svastica. L'occupazione nazista in Ucraina orientale*, Milán, Franco Angeli.
- Bellezza, S. A. (2015): "Building Memory: National Identities and Monuments in Post-Soviet Ukraine", en G. Brogi, M. Dyczok, O. Pachlovska y G. Siedina, eds., *Ukraine Twenty Years After Independence. Assessments, Perspectives, Challenges*, Roma, Aracne, pp. 241-264.
- Berger, S. y W. Kansteiner (2021): "Agonistic perspectives on the memory of war: an introduction", en *Agonistic Memory and the Legacy of 20<sup>th</sup> Century Wars in Europe*, Londres, Palgrave Macmillan, pp. 1-20.
- Bruder, F. (2007): "Den ukrainischen Staat erkämpfen oder sterben!" *Die Organisation ukrainischer Nationalisten (OUN) 1928-1948*, Berlín, Metropol.
- Bürger, P. (2018): *Geschichte im Dienst für das Vaterland: Traditionen und Ziele der russländischen Geschichtspolitik seit 2000*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- Colin Lebedev, A. (2022): *Jamais frères? Ukraine et Russie: une tragédie postsoviétique*, Paris, Seuil.
- Connerton, P. (1989): *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge UP.
- Davies, F. y K. Makhotina (2022): *Offene Wunden Osteuropas. Reisen zu Erinnerungsorten des Zweiten Weltkriegs*, Darmstadt, wbg Theiss.
- Dietsch, J. (2006): *Making Sense of Suffering. Holocaust and Holodomor in Ukrainian Historical Culture*, Lund, Lund University.
- Edele, M. (2020): *Debates on Stalinism*, Manchester, Manchester UP.
- Faraldo, J. M. (2022): *Contra Hitler y Stalin. La resistencia en Europa, 1936-1956*, Madrid, Alianza.
- Gabowitsch, M. (2022): "Victory Day before the Cult: War Commemoration in the USSR, 1945-1965", en D. L. Hoffmann, ed., *The Memory of the Second World War in Soviet and Post-Soviet Russia*, Londres, Routledge, pp. 64-85.

<sup>19</sup> Cf. el propio portal del centro, <https://babynyar.org/>.

- Himka, J. P. (2021a): *Ukrainian Nationalists and the Holocaust: OUN and UPA's Participation in the Destruction of Ukrainian Jewry, 1941-44*, Stuttgart, Ibidem.
- Himka, J. P. (2021b): "OUN and Fascism, Definitions and Blood", *Journal of Soviet and Post Soviet Politics and Society*, 7 (2), pp. 166-175.
- Hrinevyc, V. (2005): "Gesplaltene Erinnerung: Der Zweite Weltkrieg im ukrainischen Gedenken", *Osteuropa*, 55 (4-6), pp. 88-102.
- Hrinevyc, V. (2021): "Umkämpftes Geschichtsgelände. Babyn Jar als ukrainischer Erinnerungsort", *Osteuropa*, 71 (1-2), pp. 63-86.
- Jilge, W. (2008): "Nationalukrainischer Befreiungskampf. Die Umwertung des Zweiten Weltkrieges in der Ukraine", *Osteuropa*, 58 (6), pp. 167-186.
- Kasianov, G. (2022): *Memory Crash. Politics of History in and around Ukraine, 1980s-2010s*, Nueva York, CEU Press.
- Khromeychuk, O. (2012): "The Shaping of 'Historical Truth': Construction and Reconstruction of the Memory and Narrative of the Waffen SS 'Galicia' Division", *Canadian Slavonic Papers*, 54 (3-4), pp. 443-467.
- Laruelle, M. (2021): *Is Russia Fascist? Unraveling Propaganda East and West*, Ithaca/Londres, Cornell UP.
- Liebich, A. y O. Myshlovska (2014): "Bandera: Monumentalization and Commemoration", *Nationalities Papers*, 42 (5), pp. 750-770.
- Makuch, A. y F. E. Sysyn, eds., (2016): *Contextualizing the Holodomor. The Impact of Thirty Years of Ukrainian Famine Studies*, Toronto, Canadian Institute of Ukrainian Studies.
- Malinova, O. (2022): "Legitimizing Putin's Regime. The Transformations of the Narrative of Russia's Post-Soviet Transition", *Communist and Post-Communist Studies*, 55 (1), pp. 52-75.
- Marples, D. R. (2006): "Stepan Bandera: The resurrection of a Ukrainian national hero", *Europe-Asia Studies*, 58 (4), pp. 555-566.
- Marples, D. R. (2007): *Heroes and Villains: Creating National History in Contemporary Ukraine*, Budapest/Nueva York, CEU Press.
- Marples, D. R. (2010): "Anti-Soviet Partisans and Ukrainian Memory", *East European Politics and Societies*, 24 (1), pp. 26-43.
- Miller, A. y D. Efremov, eds., (2020): *Politika pamiati v sovremennoi Rossii i stranakh Vostochnoi Evropy*, San Petersburgo, European University.
- Narvselius, E. (2012): "The 'Bandera Debate': The Contentious Legacy of World War II and Liberalization of Collective Memory in Western Ukraine", *Canadian Slavonic Papers*, 54 (3-4), pp. 469-490.
- Nora, P., ed., (1984): *Les lieux de mémoire. I: La République*, París, Gallimard.
- Núñez Seixas, X. M. (2022): *Volver a Stalingrado. El frente del este en la memoria europea, 1945-2021*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Penter, T. (2021): "Independence, Revolution, War, and the Renaissance of National History in the Ukraine", en F. May y Th. Maissen, eds., *National History and New Nationalism in the Twenty-First Century. A Global Comparison*, Nueva York/Londres, Routledge, pp. 229-249.
- Peters, F. (2018): "Im Nationalismus vereint – und gespalten. Geschichtspolitik im polnisch-ukrainischen Konflikt", *Ukraine Analysen*, 1999, pp. 7-12.
- Plokhoy, S. (2014): *Ukraine & Russia. Representations of the Past*, Toronto/Bufalo/Londres, University of Toronto Press.
- Portnov, A. (2008): "Pluralität der Erinnerung. Denkmäler und Geschichtspolitik in der Ukraine", *Osteuropa*, 58 (6), pp. 197-210.
- Rossolinski-Liebe, G. (2012): "Debating, obfuscating and disciplining the Holocaust: post-Soviet historical discourses on the OUN-UPA and other nationalist movements", *East European Jewish Affairs*, 42 (3), pp. 199-241.
- Rossolinski-Liebe, G. (2014): *Stepan Bandera: The Life and Afterlife of a Ukrainian Nationalist. Fascism, Genocide, and Cult, 1909-2009*, Stuttgart, Ibidem Press.
- Rossolinski-Liebe, G. (2020): "Formen kollektiver Erinnerung an den Holocaust und den Zweiten Weltkrieg in der Ukraine", en J. Zarusky y S. Steinbacher, eds., *Der deutsch-sowjetische Krieg 1941-1945. Geschichte und Erinnerung*, Göttingen, Wallstein, pp. 228-247.
- Rudling, P. A. (2011): *The OUN, the UPA and the Holocaust: A Study in the Manufacturing of Historical Myths*, Pittsburgh, The Center for Russian and East European Studies (The Carl Beck Papers in Russian & European Studies, n° 2107).
- Rudling, P. A. (2012): "'They Defended Ukraine'. The 14. Waffen-Grenadier Division der SS (Galizische Nr. 1) Revisited", *The Journal of Slavic Military Studies*, 25 (3), pp. 329-368.
- Rutten, E., J. Fedor y V. Zvereva, eds., (2013): *Memory, Conflict and New Media: Web Wars in Post-Socialist States*, Londres, Routledge.
- Schlögel, K. (2023): *Ucrania, encrucijada de culturas. Historia de ocho ciudades*, Barcelona, Acontilado.
- Snyder, T. (2017): *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Soroka, M. (2012): "Contested Memories About World War II in Ukrainian Literary Discourse: Soviet versus Émigré", *Canadian Slavonic Papers*, 54 (3-4), pp. 491-510.
- Spoehr, M. (2021): *Ukraine. Loyalitäten und Gewalt im Kontext der Kriegswende 1943/44*, Berlin, Metropol.
- Sukovata, V. (2022): "Demolition of Monuments as a Phenomenon of Culture in Global and Local Contexts: Iconoclasm, 'New Barbarity', or a Utopia of Memory?", *Studies on National Movements*, 10 (1), pp. 44-73. doi: <https://doi.org/10.21825/snm.85741>
- Qualls, K. D. (2022): "Politicizing war memorials in Soviet and post-Soviet Sevastopol", en D. L. Hoffmann, ed., *The Memory of the Second World War in Soviet and Post-Soviet Russia*, Londres, Routledge, pp. 180-201.
- Todorov, T. (2002): *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península.
- Viatróvych, V. (2006): *Stavlennia OUN do ievreiv: formuvannia pozytsii na tli katastrofy*, Leópolis, Vydavnytstvo Ms.
- Zhurzhenko, T. (2016): "Shared Memory Culture? Nationalizing the 'Great Patriotic War' in the Ukrainian-Russian Borderlands", en M. Pakier y J. Wawrzyniak, eds., *Memory and Change in Europe. Eastern Perspectives*, Nueva York/Oxford, Berghahn, pp. 169-192.